

Autolapidación, la culpa en nuestras manos

Alejandro Villanueva (Seudónimo del concurso)

Autora: Elizabeth RH

Y él les dijo:

El que de vosotros esté sin pecado,

Sea el primero en arrojar la piedra.

Juan 8, 7.

Todos tenemos un destino... O eso es lo que hemos escuchado. Pero, ¿qué hay de nuestras decisiones? ¿Qué del libre albedrío? Si todo es simplemente un trayecto fijo, sin más, ¿para qué intentar o por qué el miedo a errar si, después de todo, la situación ya está fríamente calculada? Debo decir que este cúmulo de preguntas va más allá de una categoría existencialista, y es más bien para entender que, lo que vivimos y nos convierte en un individuo diferente al terminar cierta parte del trayecto, es consecuencia de nuestra propia consciencia al actuar. El problema reside, sin embargo, en que no siempre son alegres cambios los que transcurren; dolor, tristeza, miseria, originados por emociones varias, entre ellas una que puede ser más que un mero sentimiento: la culpa. Ahora, es conveniente decir que la aparición de este poderoso complejo en nuestras líneas fue motivada por una obra magistral, *Los árboles en la cuesta* (Hwang Sun-won, 1961), la cual, acompañada de los argumentos de dos obras adecuadas al tema, *La tendencia a sufrir el castigo* (Álvarez González, 1996) y *El sentimiento de culpabilidad...* (Elders, 1983), apoyará a la resolución de nuestra tesis principal, definir a la culpa como factor primordial del cambio en el ser humano. Los personajes de Sun-won sin duda son, como pronto veremos, el ejemplo ideal de ello. Pero, más allá de proyectar a nuestro objetivo en estos, la meta es romper la barrera de la ficción y penetrar en el mismo sentir de los actantes. Un sentir que, sin duda alguna, puede llegar a ser muy real.

Empecemos como es debido y partamos desde la obra propiciadora de nuestro ensayo. Es un hecho que, al leer una novela cuya procedencia es ajena a nuestro contexto (geográfico, social, histórico, lingüístico), nos arriesgamos a perdernos en ambigüedades o la sensación de que aquello que leemos nada tiene que ver con nosotros. Un peligro que comúnmente es motivo para no tomar tal osadía. Sin embargo, grande y grata sorpresa ocurre al adentrarnos

en las líneas de Hwang Sun-won (Corea del Norte, 1915-2000), en donde, en medio de guerras y luchas por supervivencia, vemos una imagen muy cercana. Hablamos aquí de un trío de jóvenes, involucrados en la guerra que terminó por dividir a Corea y a sus habitantes. Ellos experimentan en carne propia la devastadora realidad de un país que es subyugado a una batalla que, en origen, no tenía relación con su patria. Las consecuencias son grandes, la guerra los cambia, los mutila mental y espiritualmente. Sus decisiones los transforman, sus complejos también. Sin duda, las propias vivencias del autor quedan plasmadas en su obra, ganadora por cierto del Premio de la Academia de las Artes. Como un corolario más, hay que decir que Hwang Sun-won fue un participante de la Literatura desde muy joven. La poesía, el cuento y el teatro fueron su vocación hasta su muerte hace ya 14 años. El cambio drástico sufrido en el ámbito político-social de Corea fue otra de sus inspiraciones. Temas como la guerra, la injusticia y la crudeza de la realidad vivida eran sus constantes. Sucesos que han caracterizado también a nuestra propia nación.

Los acontecimientos que marcan la historia nacional son tan complejos como aquellos que marcan la vida personal de un individuo. Como un cofre, el cual se abre para encontrarse con diversos y variados objetos, la experiencia del ser humano yace plagada de sucesos que definieron su curso, así como el cambio de sus objetivos. Lo que ayer queríamos, hoy puede ser repudiado. De ahí que la culpa, sentimiento de falta que recae ante la violación de un acto, sea tan importante en este análisis. Bajo esta misma línea parece opinar Leo Elders, quien llama “deuda ontológica [a] una dimensión fundamental del hombre [que es] la dependencia de su ser con Dios y con sus padres, la dependencia cotidiana al medio biológico y cultural, así como la dependencia que dimana de la educación recibida” (1983, p. 173). De esta manera, podemos entender a la culpa, fundamentalmente, como una dependencia generada por un acto y que a su vez se vincula con tres objetos diferentes: Dios (reconozcamos aquí el ámbito espiritual), la autoridad (los padres son una representación del sistema judicial), y la sociedad (nuestros allegados, los principios morales que nos han forjado). Pienso que Sun-won manifiesta en sus personajes la relación de deuda con estas tres figuras, aunque su enfoque tiende a posarse en la primera y la última. A mayor o menor escala, los protagonistas se desenvuelven bajo una dinámica de causa-efecto que los transforma a cada paso dado en la trama. Sus acciones, convertidas en *consecuencia*, pesan en otros personajes así como las acciones de estos últimos pesan en ellos. Sus estragos, empero, no son simplemente

momentáneos, sino que en todos queda una carga que luego será motivo para efectuar nuevas decisiones.

Es necesario hacer un espacio a una reflexión más. Si vemos en una trama, ficción después de todo, el acontecer humano y sus actos llenos de consecuencias, podemos pensar en su raíz inspiradora como resultado de una ideología primaria. Nos referimos a los factores que podrían motivar al autor a escribir lo que escribe. Entendamos, primeramente, a un factor en su sentido más simple, como un elemento que contribuye al ejercicio de cualquier situación, acción o pensamiento. En este caso, la historia de Corea puede ser tomada como la influencia predominante para la redacción de *Los árboles en la cuesta*. Ciertamente, es notable el pensamiento que Sun-won mantiene a propósito de aquel contexto histórico-social en el que vivió: la culpabilidad de la guerra ante la destrucción del vínculo de lo que antes era una sola nación. Se diría pues que, el advenimiento de las tropas soviéticas y su eterna lucha contra EE.UU, tomando a Corea como su principal campo de batalla, propició al desastre de un país que terminó despedazado no sólo geográficamente, sino también en su sentido más humano; el alma misma de Corea quedó desgajada, mientras las tropas de la Guerra Fría se lavaban las manos con sólo fingir acuerdos. Por tanto, para un hombre que vivió prácticamente el inicio, desarrollo y desenlace de estos conflictos, la manifestación de los mismos en su obra literaria no es sorprendente pero sí primordial. En la guerra y los estragos dejados por ésta, existe una responsabilidad global. El mundo, quienes nos rodean, son culpables de nuestra situación actual; ellos nos moldearon. Pero, ¿no somos acaso parte de ese mismo mundo? La pregunta entonces se revierte en nuestra contra; la misma culpa del otro, es la propia.

Corea, antes república única, fue fragmentada por la Guerra. Así mismo, los personajes de Sun-won parecieran diseccionados por el mismo verdugo, mas éste es sólo el responsable general. El destino y el libre albedrio vuelven a contraponerse para encontrar al culpable de lo que somos. Si entendemos al cambio, principalmente el que sufrimos, como la transformación que ocurre de un estado a otro, podría ser más sencilla nuestra búsqueda de respuesta. Basta como ejemplo de ello un personaje, Tongjo, el joven soldado que ve resquebrajada toda su conducta moral –antes diferente a la de sus compañeros– después de haber sucumbido a una prostituta, pues “aunque fuera algo inesperado y contra su voluntad, tuvo la oportunidad de evadirlo. La culpa era suya por no seguir sus principios. El arrepentimiento lo deshizo”, (2008, p. 70). Podemos observar, conforme avanza la trama,

que aquel sentimiento de deuda se hace ambivalente entre el deseo de escucharlo o ignorarlo. Me parece que ese es el escenario clave de la trama: Tongjo sufre una lucha interna mientras se suscita a su alrededor una lucha mayor, la de la guerra. La batalla, sin embargo, queda perdida cuando, después de dejar de lado sus valores y convicciones, se entrega a la evasión de su culpa. Su suicidio no es más que la huida del destino forjado por sí mismo. Según Emilio Durkheim, “un hombre arruinado se mata, tanto porque no quiere vivir en una situación menguada, tanto por evitar [...] la vergüenza de la ruina” (citado por Álvarez González, 1996, p. 37). Entonces, para Tongjo, el engaño, el asesinato y hasta su propia muerte, son resultado de aquella ruina interna que sufrió y su negación a aceptarla. Al poner nuestras convicciones a prueba, es ahí cuando veremos qué tan fuertes o reales eran las mismas. Si bien, el mundo es propiciador de derrocarlas, somos nosotros quienes decidimos si aferrarnos o soltarnos de ellas. La culpa, tal como ocurrió con Tongjo, emana como el resultado de esta primera opción.

La Literatura no ha sido la única en abordar el tema de la culpabilidad. Dado a su complejidad y su papel como factor de decisión-acción en el ser humano, son varias las disciplinas que la han estudiado. La Psicología y la Filosofía, aunada esta última a la Teología, son quizá las que más se han adentrado en ésta, cada cual con sus diversos representantes (Freud, Hobbes, San Agustín, respectivamente). Sin embargo, el sentimiento dejado para el pago de una deuda, siempre ha sido mejor representado por el lenguaje poético de las obras literarias que por la propia teoría. Por supuesto que, el método de su abordaje ha variado constantemente, pero es un hecho que el mal y la culpa están en todas partes en cuanto de temática literaria se habla. Para muestra de ello podemos leer a Dostoievski, principal embajador de la crudeza realista que mueve y es forjada además por sus personajes; Víctor Hugo es otro de quien también podemos echar mano. Ya sea que se explicita abiertamente el papel de la culpa, o no sea más que una connotación susurrada, la Literatura la hace manifiesta de una u otra manera. Desde *Los árboles en la cuesta*, podemos verla, en constante función y movimiento, a la par de sus poseedores y ejecutores. Tongjo es el primer arquetipo que se nos muestra. En cambio, no es el único de los personajes que la hace patente, y aunque es él quien desencadena la caída de los otros, la responsabilidad individual de estos jamás se pierde. Yungu, Jyonte, Sugui y hasta el sargento Sonu, representan diversos patrones de culpabilidad que faltan por abordar.

Adentrémonos, pues, a un hecho vital en esta reflexión, las causas que existen para llenarse de culpa, otro bagaje amplio que será necesario reducir. Pese a que, en efecto, son varias las respuestas –dado que son diversas las disciplinas que, como vimos, se tornan a la culpabilidad–, lo pertinente ahora es que acudamos a un elemento muy esencial: la relación del individuo falto de experiencia con el mundo. Por consiguiente, consideremos a esa inmadurez un elemento o circunstancia que lleva a la acción y al cambio. A propósito de ello, Leo Elders concluye que “la juventud, al no haber desarrollado todavía los criterios propios, cae con facilidad víctima de las corrientes de opinión que circulan por el mundo” (1983, p. 176). No caigamos en el error de entender a *juventud* en su sentido literal, sino como una metáfora de la inexperiencia que hasta el más viejo puede portar. La incompetencia es una verdad en todo hombre, no hay uno que no sea incapaz de hacer o decir algo en determinado momento, y esa incapacidad se hace palpable cuando nos ponemos a prueba ya sea en el campo laboral, intelectual o cultural. En tal situación, vemos al protagonista de Sun-won, quien, habitando en un ambiente donde todos hacían lo contrario a su propio ideal de conducta, se inmerge en el mismo ante la falta de autocontrol. La fuerza de ir contra corriente mengua por un quedo resbalón que, sin embargo, termina por arrastrarlo completamente. La influencia de sus allegados lo motiva a sucumbir, buscando igual que ellos, el refugio del complejo en el alcohol y, más tarde, en el suicidio. Su vida gira en torno al círculo completo de la culpa.

Un paso más nos obliga a descender a mayor profundidad, al proceso del advenimiento de la culpa. Las opiniones de casi todos los autores se unen al visualizarla como un ciclo que lleva del remordimiento a la evasión, y de la evasión a la huida (que involucra el autocastigo) o hacia el anhelo del perdón. Pueden ser meses u años en los que el terrible complejo se mueva pendularmente en el desarrollo del remordimiento a la evasión, una lucha entre la moral y el deseo, tal como ocurre con Tongjo y su avance a la huida, su muerte. Por otro lado, es necesario comprender que durante el transcurso del proceso, tiene lugar la modificación completa o parcial del individuo; el evasor de la culpa no es el mismo que la vio nacer, así como no será el mismo al cumplir el autocastigo o recibir el perdón. De la misma manera en que Tongjo manifiesta esta transformación, Jyonte la experimenta aunque en pasos mucho más tardíos; la culpa de su trabajo en la guerra, principalmente el haber dado muerte a una mujer inocente y a un bebé, se hace evidente pese a sus intenciones de evadirla

cuando “otra vez se [siente] en un callejón sin salida [...] ¿Qué cambiaría? La continuación de una vida sin sentido le resultaba un pecado contra la misma vida [pero] no le importaba. El problema estaba en si tendría suficiente fuerza para mantenerse a sí mismo o no”, (Sun-won, 2008, p. 186). Como puede verse, reiterada queda su negación a la culpa y su imposibilidad a ello. Los cambios sufridos en la personalidad de Jyonte, dado cada vez más al vicio del alcohol y el sexo, son una confesión más concreta que cualquier palabra. Al final, el personaje está a punto de culminar su paso, a punto de asesinar a una jovencita o a sí mismo (el autor no lo deja del todo claro). No obstante, lo que queda manifiesto es el peso que su carga implicó hasta degradarlo a tal postura.

El proceso del desarrollo del complejo de culpa es lo suficientemente amplio como para la elaboración de trabajos mucho más prolijos. La información se ensancha mientras el espacio permitido aquí se agota. Por tanto, no puede pasarse desapercibida una consideración más que Elders hace acerca de la manifestación de la deuda ontológica. De acuerdo al autor, “cualquier investigación sobre el problema de la culpabilidad se torna difícil debido a cierta incoherencia en que se manifiesta: algunos no parecen sentirla [...], otros soportan una conciencia angustiada o escrupulosa”, (1983, p. 174). En cuanto a la carencia de sentirla, hemos analizado ya un excelente ejemplo: Jyonte, a quien el peso de la culpa termina por derribar hasta el final de su aparición dentro de la obra. Pero es en la segunda de estas manifestaciones en la que interesa centrar nuestra atención. Apoyo a la teoría que la Psicología sostiene sobre las consecuencias de replegar una culpa, esto es, la adquisición de la misma sin evadirla, sin alejarla, sino más bien asiéndose de ésta como un método de supervivencia. Difícil de creer o no, muchas personas suelen preferir la sujeción a una pena de esta índole, por temor a lo que implica la desaparición de la culpa. Tal como algunos viven atados al pasado, pues les parece mucho más confortable que el presente, hay aquellos que en el remordimiento ven una condición que propicie a la lástima ajena o la propia, o por el mero presentimiento de que en medio de un complejo como éste, no puede haber perdón para ellos. No huyen, no evaden, pero sí cambian junto a su falta.

Los árboles en la cuesta no deja fuera a esta manifestación de la culpa. Mientras que en Tongjo y Jyonte encontramos una evasión remarcada, cada cual a su tiempo y en sus propios métodos, hasta la aceptación y las búsqueda del autocastigo, existen otros personajes que se aferran al remordimiento. Uno en especial es al que tomaremos como ejemplo. Si cambiar

significa la modificación –total o parcial– de un estado, físico, emocional o mental, entonces, el sargento Sonu es otra de sus crudas representaciones. El lector puede recordar aquella escena donde el soldado de alto rango se une a Tongjo, Jyonte y Yungu, justo cuando estos conversan sobre el futuro que tendrán luego de la guerra. Las predicciones de los jóvenes se añan a las propias peroratas del sargento, a quien terminan por vincularlo con cierto profeta bíblico. La respuesta del más experimentado, antes entre risas, se vuelve seria al decir “No... yo no puedo serlo. El Jeremías de hoy debe ser un hombre de fuerte voluntad para vivir de acuerdo a sus convicciones, uno que no tenga ningún *remordimiento* o *arrepentimiento*”, (Sun-won, 2008, p. 56, las cursivas son mías). Ciertamente, podemos pensar en evasión a la culpa, si después de todo, el sargento vive alcoholizado, tratando de olvidar el pasado. Pero hay en su rechazo a ser considerado como Jeremías una confesión: arrepentimiento, culpa de haber matado a sangre fría a un hombre y perder su fe. No tengo la menor duda de que Sonu experimentó esa resistencia a la culpa durante toda su vida. La historia nos muestra, en primera instancia, a un oficial de alto rango cuya vida parece más conducida por el alcohol que por la guerra. Luego, podemos mirar debajo del rostro ebrio y reconocer a un hombre cuya vida y fe fueron destruidas por las hostilidades de la misma. Sus actos presentes no son más que el impulso tras el cambio sufrido al aferrarse a la deuda resentida hacia Dios y los hombres.

La culpa no es tan sólo una noción individual, por supuesto. Como lo vimos al principio de este ensayo, siempre existirá una estrecha relación entre la influencia de los otros y su responsabilidad como nuestros forjadores. La culpa de los otros, sus motivos para actuar como lo hacen, así como el efecto que ello tiene en nosotros, es comúnmente considerada como Destino. Leo Elders y Norberto Álvarez no son los únicos que visualizan a la culpabilidad como una red que nos une al resto del mundo (1983, p. 177; 1996, pp. 27-34, respectivamente). En cuanto a eso, Sun-won también considera al contexto que envuelve a un individuo como el factor o elemento que motiva a actuaciones determinadas. Suficiente es al leer *Los árboles en la cuesta*, donde, tal como la mayoría de sus críticos han concluido, la Guerra de Corea es una protagonista más en la historia. Es en ella donde todos los hechos cobran vida. Los personajes principales inician en sus filas y terminan responsabilizándola, en el desenlace, de sus relaciones conflictivas. Entonces, como resultado, vemos a la Guerra erguirse como la gran culpable de los actos cometidos en medio de ella. Sin embargo, los

actantes están lejos de ser inocentes, entre ellos se reparte una culpa individual que si bien es obra de esta matriarca del remordimiento, no por ello deja de pertenecerles. Llegando a este punto, encontramos clara la distinción entre la culpa de un destino inevitable –la Guerra– y la culpa del libre albedrío mal empleado –el de los personajes–. Nada que no tenga que ver con nuestra propia existencia. La perspectiva se hace más clara y fatal al mismo tiempo. Pese a que la responsabilidad pertenezca al otro, ¿cómo huir o deslindarse de ella mientras siga siendo nuestra, sin las consecuencias que Tongjo, Sonu o Jyonte padecieron?

Se ha abordado hasta este punto tanto a una definición de la culpa así como las razones de su propiciación, sus diversas formas de manifestación, hasta su desarrollo. Claro está que nuestro texto no estaría completo si dejáramos de lado otra importante base: su solución. Quizá, ante la constante mención de la culpabilidad y sus efectos, pareciera imposible su efectiva emulsión. ¿Cómo disolver un peso tan grande sin caer en evasiones, huidas o autocastigos? Así, entonces, llega la confesión como principal remedio de la culpa, dado que “el sujeto desea recuperar –por medio del resarcimiento y del castigo– la aceptación social y personal, perdida por la infracción [cometida]”, (Álvarez, 1996, p. 28). Elders menciona al mismo método, pero en un paso espiritual, tomando al cristianismo como base de su argumento, ya que éste anuncia “al hombre una salvación [que] abarca la restauración del bienestar psíquico” (1986, p. 180). Ya sea bajo la perspectiva meramente social (confesar una falta para reencontrar la confianza de los otros hacia el culpable) o según la búsqueda del deslindamiento de la falta en el sentido más hondo, es decir, el espiritual, el hecho es el mismo: en la confesión del acto transgresor se halla el primer paso hacia su emancipación. No me corresponde establecer un juicio sobre qué tan viables pueden ser o no tales afirmaciones. Mas tomemos como respuesta a aquella historia bien conocida, donde dos discípulos traicionaron a su maestro, acusado y crucificado por judíos. Uno lo vendió, otro lo negó; uno evadió su falta, otro la confesó con crudas lágrimas. El resultado lo sabemos todos.

Al terminar la lectura de un ensayo, debe quedar siempre la disposición a una reflexión. Más allá del conocimiento adquirido, se trata de la identificación de un elemento nuevo para nuestro propio bagaje cultural-intelectual, que distinga y modifique, al menos un poco, la perspectiva personal previa a la lectura del texto. ¿Podrían estas líneas conseguir tal consideración? Seguramente no hay gran mérito en terminar concluyendo que el sentimiento

de deuda es un elemento que lleva a la modificación total o parcial de un individuo. Quizá, una afirmación así, ya era parte del conocimiento del lector y esto no ha sido más que un intento por recuperar ese saber perdido y hacerlo emerger a la superficie. Podría ser que la consideración exhaustiva de la culpa sea innecesaria hoy en día, cuando todo parece tan arbitrario y ajeno a nosotros. En este mundo donde cada quien es dueño de sus propios problemas, una consideración al complejo de culpabilidad y sus efectos parece innecesaria. Porque después de todo, parece más simple responsabilizar al medio en el que vivimos, a esta guerra del día a día que –tal como a Sugui– nos ha dejado preñados de conflictos morales, espirituales y sociales que apenas podemos comprender. Pero, no me cabe la menor duda de que el dejar de mirar al horizonte lleno de fuego, y voltear a nuestras manos para encontrarnos con que, en efecto, tenemos uno de los cerillos que inició el incendio, es clave para conseguir apagar al mismo. Aceptación, dejar a un lado la huida o la evasión, buscar el perdón y una solución, he ahí el proceso donde la culpa deja de ser eso y se torna en oportunidad. Mas, ¿quién bajara primero la cabeza y admitirá su deuda? ¿Quién podrá decir que no sólo ha sido un ofendido sino un ofensor? Una pregunta que, como un eco, se extenderá hasta encontrar una pared que se atreva a hacerle frente.

Referencias

Álvarez González, N. (1996). *La tendencia a sufrir el castigo: una contribución a la teoría de la culpa*. España: Universidad de Alcalá.

Bong Seo, Y. y Macías Rodríguez, C. (edit.). (1998). *Encuentros del Pacífico: Corea, imagen y realidad*. México: Universidad de Guadalajara.

Elders, L. (1983). El sentimiento de culpabilidad según la Psicología, la Literatura y la Teología. *Reconciliación y Penitencia*, V Simposio internacional de Teología de la Universidad de Navarra, pp. 173-199. España: Servicio de publicaciones de la Universidad de Navarra.

Literatura coreana en español. (2014). Los árboles en la cuesta de Hwang Sun-won. En <http://www.literaturacoreana.com/profile/LosarbolesenlaCuesta>

Radio de Corea Internacional. (edit.). (1995). Historia de Corea.

Sociedades Bíblicas en América Latina. (2000). *Santa Biblia*. Revisión Reina-Valera 1960. China: Broadman & Holman Publishers.

Speziale-Bagliacca, R. (2002). *La culpa, consideraciones sobre el remordimiento, la venganza y la responsabilidad*. España: Biblioteca Nueva.

Sun-won, H. (2008). *Los árboles en la cuesta*, traducción de Hyesun Ko de Carranza y Francisco J. Carranza Romero. México: Solar.